

REPORTAJE | LA FLOR DE MONTOUTO, 60 AÑOS EN LA MOVIDA

# La última sala de fiestas

**Pubs, discotecas, «after hours». ¿Qué fue de las salas de fiestas? Las que aguantan se aferran a su clientela más fiel. Como La Flor de Montouto. Lleva 60 años de tirón.**

**SUSANA BASTERRECHEA, TEXTOS  
KURXO LOBATO, FOTOS**

Los cumplió hace justo una semana. Es una de las decenas de las salas con orquesta, las OT de cuando no había televisión. Su director es José Antonio Rico, ese hombre que patentó una de las cuñas más originales de la radio. «Ven a La Flor de Montouto, y si no te diviertes, me lo demandas», decía antes de emitir un grito inconfundible. Este Tarzán de las ondas es el jefe de uno de los escasos locales con música en directo que quedan en Galicia. Resiste a la numantina.

Noche del sábado 4 de octubre. La Flor, en el municipio coruñés de Abegondo, estrena nueva temporada. Dicen que no hace muchos años los tractores aparcaban ante la puerta. Realidad o leyenda, ahora lo más parecido al campo que hay estacionado es un todoterreno. Los más madrugadores esperan en la cafetería. Ponen fútbol en la tele y los clientes, quitando a algunas mujeres de palique y a un hombre que rebaña un plato de carne asada con patatas, no pierden jugada. Desde la sala se cuele la música y un vaivén de la puerta de la cocina deja ver cómo unos langostinos se tuestan a la plancha. «Es de lo poco que queda; éramos clientes de La Revolta, en Carballo, pero cerró y vinimos aquí. De eso hace ya diez años», explica Eliseo Paz. Ha venido desde A Coruña con su mujer, Josefina. Les gusta la verberna y, sobre todo, las orquestas. «Si viniese la París de Noia...», dejan caer.

Pero no, esta noche les toca animar la velada a Ciudad de Vigo y Los Lados. La Flor contrata a dos grupos cada sábado, lo que sale a ocho orquestas al mes. «Aquí vienen hasta los de las comisiones de fiestas para ver el repertorio y luego las llaman para el verano», comenta el portero. Como casi todo el personal de La Flor, es de la familia. El negocio lo empezó el padre de José Antonio en 1943 en un campo cercano. Hasta que se cambiaron al local que hoy ocupa. Eso fue en 1973.

## Viaje a los años setenta

Entrar en la sala de La Flor es como meter una moneda en la máquina del tiempo y que te toque un episodio de *Cuéntame*. Muy setentera, con su bola de discoteca, sus luces, sus barras sinuosas y sus mesas a pie de pista, casi todas reservadas. «Tenemos clientela fija que siempre pide las mismas, como si estuviesen abonados», señala José Antonio con los dedos en los tirantes.

Hoy, además de baile, hay cena. Todo por 25 euros. En el comedor, unos ferrolanos se arrancan a can-



**LA FIESTA DEL 60 CUMPLEAÑOS.** Ya no son aquellos maravillosos años, pero sigue la verberna. No faltan las orquestas y el baile, los agarrados siguen de moda y siempre vuelven parejas que como Marina y José Luis (fotografía de la izquierda) se conocieron entre canción y canción. Para que el ritmo no pare, una buena cena.



tar. Al lado, unos empleados de Seur celebran la cena de la peña de la quiniela. Están las amas de casa de Oza dos Ríos y se lo pasan en grande. «Se echa de menos un poco más de gente joven», apunta una de ellas. A la buena mujer no se le ha escapado la edad media de los habituales de La Flor. De 40 a 60 velas sopla la afición.

Sobre el escenario, Los Lados versionean ya el *Bye, bye* de David Civera. Eliseo y Josefina gastan pista bien agarrados. Otra pareja juega con la música como lo hacían Ginger y Fred. «Esto del baile se les da mejor a las mujeres», confiesa Ramón. 41 años casado con Estrella y sólo tres sacándola a bailar. Casi tuvo que arrastrarlo a la pista, pero al final aprendió. «Pero qué pisotones tuve que aguantar», recuerda ella. Los que no mueven ni una pestaña son Manolo y Andrés. Apostados en la frontera de la zona de baile, buscan alguna chica a la que invitar a bailar. «La cosa está muy complicada», reconocen. «Ya ves, todo ocupado», se quejan.

Recambio en la escena. Salen los músicos de Ciudad de Vigo. Los éxitos de la radio, los pasodobles y las canciones de la tuna corren como el champán. Se cuele un aviso para el dueño de un Mercedes que no deja salir a otro coche. La pista se deja querer. La clave del éxito, dice José Antonio, está en combinar buena música en directo, buen ambiente —presume de que en su local no hay pelams— y «bebidas genuinas». «Jamás hemos usado garrafrón», afirma.

## Las bodas de La Flor

La Flor también tiene fama de casamentera. Muchas parejas comenzaron a flirtear en la sala de fiestas y de ahí enfilaron al altar. Cuando se le pregunta por el tirón nupcial de la sala, José Antonio asegura que los que se conocen en su local «ni se divorcian ni se separan». Se impone una comprobación. Fracaso estrepitoso entre los encuestados. No se hicieron novios en La Flor. Pero entonces aparecen Marina y José Luis. «Nos conocimos aquí. Él me miraba, pero en esa época él tenía melena y yo me escapaba», cuenta ella. No llegó muy lejos. Tres meses después se casaron.

No hay tiempo para más charla. José Antonio se sube al escenario. Llama a sus amigos de Ferrol para que canten a coro, felicita a unos recién casados que andan por la pista, se acuerda de los de Seur y de las amas de casa. «One, two, three, four. Everybody a bailar», ordena a su público. Están entregados a la causa de Oza. José Antonio los mira como diciendo: «Danzad, danzad, benditos».